¿Quién soy y quién es Dios? // Predicación al aire libre – Miguel Díez

Preguntas existenciales y la importancia de la identidad humana

La vida nos enfrenta a interrogantes fundamentales que cada persona debe enfrentar en algún momento. Preguntas como quién soy, por qué estoy aquí, cuál es el propósito de mi existencia, qué ocurrirá después de la muerte o qué quiero ser en la vida no son solo curiosidades intelectuales, sino preguntas esenciales que definen nuestra existencia. Tener una identidad clara permite vivir con dirección y propósito, mientras que carecer de ella genera incertidumbre y vacío. La mayoría de los seres humanos aceptan definiciones genéricas sobre sí mismos, como ser un "animal racional", sin profundizar en su verdadero ser. Además, algunas personas buscan definirse a través de su profesión o logros, mientras que otras se aferran a su nacionalidad o cultura. Sin embargo, estas identidades externas son pasajeras y no llenan el vacío interior, dejando un anhelo constante de pertenencia y significado más profundo.

La identidad divina revelada a través de Abraham y el sacrificio de Isaac

La Biblia muestra cómo Dios se revela a lo largo de la historia con diferentes nombres y formas, revelando su naturaleza y propósito. En el caso de Abraham, Dios le pide

sacrificar a su hijo Isaac, una prueba que requiere absoluta confianza y obediencia. Abraham no cuestiona a Dios, mostrando un ejemplo de fe y respeto que trasciende la lógica humana. Esta historia simboliza no solo la confianza en Dios, sino también la anticipación del sacrificio de Jesucristo, el cordero de Dios, que vino a salvar a la humanidad. Así, la identidad divina no solo se manifiesta en palabras, sino también en actos que revelan el carácter y la voluntad de Dios hacia sus siervos.

La revelación de Dios a Moisés y Gedeón

Dios se revela de manera personal y adaptada a cada individuo, como cuando llama a Moisés desde la zarza ardiendo. Moisés, tras cuarenta años de vida como pastor, se siente inseguro y se considera incapaz de liderar al pueblo de Israel. Sin embargo, Dios le da una nueva identidad y propósito, diciendo «Yo soy el que soy», mostrando que Él es la fuente de todo ser y que otorga valor y misión a quien lo sigue. De manera similar, Dios llama a Gedeón, un hombre temeroso y escondido, y lo identifica como “hombre esforzado y valiente”, revelando que ve más allá de las limitaciones presentes y reconoce lo que la persona puede llegar a ser por la gracia divina. Esto demuestra que la verdadera identidad no depende de la autoevaluación, sino del reconocimiento y llamado de Dios.

La identidad de Jesús y el bautismo

Jesús también revela claramente su identidad desde su bautismo. Cuando se presenta ante Juan Bautista en el río Jordán, el Padre lo reconoce como su hijo amado, confirmando su naturaleza divina y misión. Este acto no solo establece quién es Jesús, sino que también sirve de ejemplo para la humanidad sobre la importancia de conocer y afirmar la propia identidad espiritual. Muchas personas hoy se definen por

denominaciones religiosas, profesiones o creencias, pero la pregunta que Jesús plantea a sus discípulos, “Quién dicen los hombres que soy yo”, invita a reflexionar sobre la verdadera identidad, más allá de etiquetas externas.

La identidad eterna en Cristo y la ciudadanía celestial

La verdadera identidad se encuentra en Cristo y en la revelación del Espíritu Santo. Jesús es identificado como Mesías no por aceptación humana, sino por la revelación divina, como cuando Pedro reconoce a Jesús por inspiración del Padre. La ciudadanía terrenal, los documentos oficiales o el reconocimiento social son insuficientes para llenar el alma. Solo la identidad celestial, como hijo de Dios y ciudadano del reino de los cielos, ofrece plenitud y seguridad eterna. Esta identidad no se basa en logros humanos, sino en la relación personal con Jesucristo, quien otorga un “pasaporte espiritual” que garantiza pertenencia y aceptación ante Dios.

La encarnación de Dios y la identidad de los creyentes como hijos de Dios

Dios se acercó a la humanidad mediante la encarnación, haciéndose hombre para que los seres humanos pudieran tener acceso a Él a pesar del pecado. Quienes creen en Jesucristo reciben el privilegio de ser hijos de Dios, una identidad que satisface plenamente y que brinda seguridad y pertenencia eterna. Esta identidad no depende de logros personales ni de validación social, sino de la aceptación del amor y la gracia de Dios. Ser hijo de Dios implica vivir en la familia divina, con cuidado, protección y dirección, garantizando una satisfacción interior que ninguna identidad terrenal puede ofrecer.

La identidad terrenal versus la identidad eterna

Muchas personas buscan definirse por la ciudadanía de un país, títulos profesionales o reconocimiento social, pero estas identidades son temporales y limitadas. Incluso algunos cristianos valoran más su identidad nacional que su pertenencia a Dios, lo que refleja un enfoque erróneo en la búsqueda de significado. La verdadera identidad perfecta se encuentra en Jesucristo, quien ofrece satisfacción total, gozo profundo y la certeza de pertenecer al reino de Dios. Reconocer esta identidad requiere priorizar la relación con Cristo sobre cualquier identificación terrenal y aceptar que nuestra verdadera naturaleza y propósito se encuentran en Él.

La autoidentificación de Jesús y la puerta estrecha

Jesucristo se identifica claramente como Hijo de Dios y afirma su rol en la salvación de la humanidad mediante declaraciones como “Yo soy la luz del mundo” y “Yo soy el camino y la verdad y la vida”. Solo a través de Él se accede a la vida eterna, y es necesario esforzarse por entrar por la puerta estrecha que conduce al reino de los cielos. Aquellos que no reconocen su identidad en Cristo pueden quedarse afuera, reflejando la importancia de aceptar a Jesús como Salvador y de vivir en obediencia a su llamado para asegurar la salvación y la verdadera identidad espiritual.

Transformación espiritual y testimonios de fe

Tener claridad sobre la identidad propia es fundamental para la fe cristiana. El testimonio del Espíritu Santo confirma que somos hijos de Dios, lo que da confianza y seguridad. Jesús

promete resurrección y vida eterna a quienes creen en Él, ofreciendo la transformación de una identidad falsa en una identidad genuina y divina. Historias bíblicas, como la de Jacob, muestran cómo la fe, la oración y el encuentro con Dios pueden cambiar profundamente la vida de una persona, otorgándole un nuevo nombre, propósito y bendición que reflejan la verdadera identidad en Dios.

Cambios de nombre y conversión de Pablo

El nombre de una persona refleja su identidad y destino. Jesús cambia el nombre de Simón a Pedro para guiar su carácter y propósito. Pablo, antes perseguidor de cristianos, experimenta un encuentro con Jesús que transforma su vida por completo. Tras este evento, Pablo se identifica como apóstol de Jesucristo y da testimonio de su transformación, enseñando que la verdadera identidad se descubre en la relación con Cristo y en la obediencia a su llamado, demostrando que nadie está limitado por su pasado.

La identidad en Cristo y el ministerio

La relación con Cristo define completamente la identidad de una persona. Aquellos que no reconocen esta relación se colocan en oposición a Él. El ministerio de Jesús se caracteriza por milagros y enseñanzas que muestran el poder de Dios, y es fundamental dar testimonio de la transformación personal y espiritual. Recordar la identidad anterior antes de conocer a Cristo permite valorar el cambio y fortalecer la fe, mostrando la importancia de la relación con Dios en la definición de quiénes somos verdaderamente.

Transformación personal y esquizofrenia religiosa

Reflexionar sobre la identidad personal y espiritual es clave para evitar vivir una "doble vida" entre el mundo y Dios. La transformación espiritual implica morir a la antigua naturaleza y adoptar la personalidad de Jesucristo. Esto requiere rendirse totalmente a Él, permitiendo que el Espíritu Santo cambie el corazón, la mente y la conducta, y asegurando que la identidad verdadera se alinee con la voluntad y propósito divino, dejando atrás mentiras y falsas autoidentificaciones.

Buscar al Señor y los hijos pródigos

Isaías 55:6 invita a buscar al Señor mientras pueda ser hallado, limpiando el camino y acercándose a su misericordia y perdón. La parábola de los hijos pródigos ilustra cómo algunas personas se alejan de Dios para buscar pasaportes del mundo, olvidando su verdadera identidad. Esta reflexión invita a examinar dónde nos encontramos espiritualmente y a tomar decisiones conscientes para vivir en coherencia con nuestra identidad en Cristo, evitando la duplicidad en la vida espiritual.

Servir a Dios y la invitación a Jesús

Servir a un solo Señor implica entregar la vida completamente a Dios y reconocer su sacrificio. Mateo invita a todos los cansados y cargados a acudir a Jesús, quien ofrece descanso y renovación. Aprender de la mansedumbre, humildad y entrega de Jesús permite que los creyentes adopten una actitud de servicio, fortaleciendo su identidad como hijos y siervos de

Dios, y encontrando propósito y satisfacción en la relación con Él.

Superar el pecado y la transformación espiritual

Prácticas como la pornografía pueden generar culpa y afectar la conciencia, pero la paz y liberación se encuentran en Jesús. La transformación espiritual requiere entrega total, abandonar la identidad terrenal y adoptar la identidad de hijo de Dios. Esto implica rendirse a Cristo, permitir que Él actúe en la vida diaria y recibir perdón y guía, asegurando que la nueva identidad refleje la verdad y propósito divino.

Oración por identificación divina y perfección

Se invita a los creyentes a orar para que Dios los identifique claramente como sus siervos, y que el Espíritu Santo dé testimonio de esta pertenencia. La oración busca que Jesús perdone faltas diarias, perfeccione la vida espiritual y otorgue gozo al participar plenamente de la identidad divina y eterna. Esta práctica fortalece la fe, la certeza espiritual y la relación con Dios, consolidando una identidad firme y confiada en Cristo.

Declaración de fe y conclusión

Finalmente, se declara la pertenencia a Jesús como siervos e hijos de Dios, pidiendo protección contra la tentación y la guía hacia la santidad. La conclusión reafirma la identidad en Cristo, siguiendo el ejemplo de María, quien se entregó completamente al Señor. Esta declaración de fe subraya la importancia de conocer, aceptar y vivir según la verdadera identidad espiritual, siendo conscientes de la transformación

que Dios realiza en quienes lo siguen fielmente.